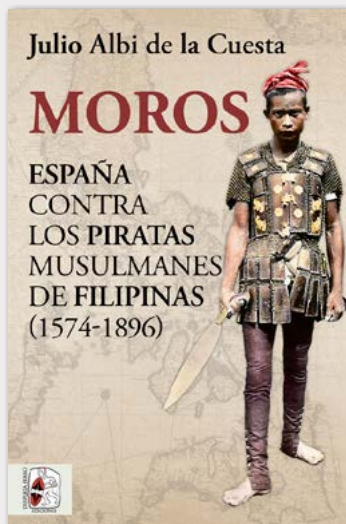


## España ante su guerra más larga

Durante más de tres siglos, la soberanía española sobre el conjunto del archipiélago filipino se vio amenazada por un enemigo indómito e irreconciliable, el aguerrido pueblo moro, que en las espesas junglas y traicioneras aguas de Joló y Mindanao mantuvo una interminable y encarnizada guerra. El prestigioso historiador Julio Albi de la Cuesta nos invita a surcar, por primera vez de forma íntegra, esta apasionante y desconocida historia.



Moros. España contra los piratas musulmanes de Filipinas (1574-1896)

978-84-123239-6-2  
768 páginas + 24 en color  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 27,95 €

La larga lucha de España contra los moros fue una guerra despiadada, durante la cual, hasta sus últimas etapas, ni se concedía ni se recibía cuartel. Sus escenarios fueron mares inclementes y traidores, sembrados de arrecifes coralinos y de bancos de arena, en los que la simple navegación ya era una hazaña, más aún cuando estaban infestados de embarcaciones hostiles, cargadas de tripulaciones dispuestas, en caso preciso, a luchar hasta la muerte. Se combatió también en junglas impenetrables, bajo un sol abrasador, sembradas de trampas y plagadas de enfermedades letales, que diezmaban a las tropas con más saña que los kris y las balas. Normalmente, el colofón de los enfrentamientos era el ataque a cottas o fuertes, erizadas de lantacas y de fanáticos defensores, casi invulnerables a la artillería, con el asalto a pecho descubierto como única táctica posible, trepando por escalas o agarrándose a las anfractuosidades, bajo una lluvia de proyectiles, para llegar al ansiado y, a la vez, temido cuerpo a cuerpo. Una guerra tan cruel como inevitable para proteger el archipiélago del azote de la piratería y de los esclavistas moros cuyo mero sostén suponía un esfuerzo hercúleo tanto para la lejana Manila, como para la mucho más remota Península.

El prestigioso historiador Julio Albi de la Cuesta, autor de clásicos como *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*, nos presenta en *Moros. España contra los piratas musulmanes de Filipinas (1574-1896)* la primera historia completa de esta guerra secular y encarnizada que solo hallaría el fin con la invasión estadounidense del archipiélago. Ni españoles ni moros, como dignos enemigos, realmente llegaron a envainar las espadas. Así, inconciliables adversarios llegaron a compartir rival, un broche paradójico, pero, de alguna manera, apropiado para tan larga y empeñada lid.



**Julio Albi de la Cuesta**, Embajador de España, se ha convertido en un autor referente para la historia militar de nuestro país por obras clave como *De Pavía a Rocroi*, *Banderas olvidadas*, *En torno a Annual*, *Arcabuces, mosquetes y fusiles*, *El último virrey*, *El Ejército carlista del Norte 1833-1839* o *¡Españoles a Marruecos! La Guerra de África 1859-1860*, y es coautor de otros tantos trabajos de historia militar entre los que destaca *Campañas de la caballería española en el siglo XIX*, *Un eco de clarines* y *A cien años de Annual*. Desde 2009 es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

En librerías el miércoles 2 de febrero. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# SOBRE EL AUTOR

**Julio Albi de la Cuesta** nació en Burgos el 15 de julio de 1948 y tras licenciarse en Derecho ingresó en 1973 en la carrera diplomática. Ha sido Subdirector General de la Oficina de Información Diplomática; Embajador de España en Honduras; Director General de Relaciones Informativas y Sociales del Ministerio de Defensa; Embajador de España en Ecuador; Cónsul General en Nueva Orleans; Embajador de España Perú; Director General de Comunicación Exterior; en el Ministerio de Asuntos Exteriores; Embajador de España en Siria, y Cónsul General en Bayona.

Como historiador, Julio Albi de la Cuesta se ha convertido en un autor referente para la historia militar de nuestro país por obras clave como *De Pavía a Rocroi. Los Tercios españoles*; *Banderas Olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación*; *En torno a Annual*; *Arcabuces, mosquetes y fusiles*; *El último virrey*; *El Ejército carlista del Norte 1833-1839*; *¡Españoles a Marruecos! La Guerra de África 1859-1860 o Moros. España contra los piratas musulmanes de Filipinas (1574-1896)*, y es coautor de otros tantos trabajos de historia militar entre los que destaca *Campañas de la caballería española en el siglo XIX*; *Un eco de clarines* y *A cien años de Annual. La guerra de Marruecos*. Ha escrito también dos novelas, *La calavera de plata* y *La Gran cifra de París*, así como diversos artículos para *Desperta Ferro Historia Moderna*. Desde 2009 es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

**2009, Premio Ejército con Distinción Especial**

**2019, Premio El Gran Capitán a mejor autor de Historia militar**



## SE HA DICHO SOBRE JULIO ALBI

«*De Pavía a Rocroi* es una obra maestra, imprescindible en toda buena biblioteca histórica. Con este libro espléndido, Julio Albi consiguió un relato fascinante del auge y ocaso de la que fue mejor infantería del mundo».  
Arturo Pérez-Reverte

«*De Pavía a Rocroi* cubrió un enorme vacío sobre lo que se conocía en España de esta infantería y, además, inspiró a toda una generación de historiadores y divulgadores a ir más allá del mito patriótico».  
César Cervera, *ABC*

«Julio Albi de la Cuesta ofrece en *¡Españoles, a Marruecos!* una detallada y rigurosa crónica del conflicto, que interesará especialmente a los aficionados a la historia militar, pero también a quienes deseen reflexionar sobre el papel que tiene la guerra en las sociedades contemporáneas».  
Alfonso López, *Historia National Geographic*

«*Banderas olvidadas* es un fantástico libro de introducción a las guerras de Emancipación americanas, escrito con un buen ritmo y accesible a todo tipo de público. Albi de la Cuesta escribió una obra que en su día abrió muchas puertas y que, a pesar de haber ya mucha más bibliografía sobre el tema, sigue siendo una de las mejores opciones para iniciados en la materia».  
Álvaro Bermúdez, *Rea Silvia*

«Para la elaboración de *El Ejército carlista del Norte*, Julio Albi, uno de los especialistas en historia militar más prestigiosos y respetados del país; ha empleado fuentes documentales inéditas [...] Con todo ello, sumado a un uso personal y preciosista del lenguaje, ha construido un ensayo que está llamado a convertirse en una obra de referencia clave en el estudio del carlismo y, por extensión, de la historia de España en el siglo XIX».  
*Todo Literatura*

«Un riguroso estudio de la Primera Guerra Carlista [...] Lección de historia».  
*Cambio 16*

# DOSIER DE PRENSA





# ÍNDICE

## Prólogo del autor

- 1 El «tercero y nuevo Mundo»
- 2 El Ejército de Filipinas (I)
- 3 El Ejército de Filipinas (II)
- 4 La Marina
- 5 Moros
- 6 Los piratas
- 7 Fulgor de Corcuera, finales del siglo XVI - primer tercio del XVII
- 8 A la defensiva, 1644-1799
- 9 «Esa indestructible piratería», primera mitad del siglo XIX (I)
- 10 Cambio de estrategia, primera mitad del siglo XIX (II)
- 11 Por tierra y mar, 1852-1873
- 12 Las grandes expediciones (I), 1874-1882
- 13 Las grandes expediciones (II), 1883-1888
- 14 Las grandes expediciones (III), 1888-1893
- 15 La última cotta. Las grandes expediciones (IV)

## Epílogo

Apéndice I. Las enfermedades

Apéndice II. Uniformes del ejército

Apéndice III. Motines y sublevaciones

Bibliografía

Índice analítico



# DOSIER DE PRENSA



# MOROS EXPLICADO POR JULIO ALBI

## A modo de presentación

Cuando los españoles llegaron a Filipinas encontraron para su estupor, entre otros muchos pueblos de muy distinta índole, unas colectividades que practicaban la religión musulmana. En una reacción refleja, llamaron moros a sus integrantes, aplicándoles el mismo nombre que a sus correligionarios que habían conocido al otro extremo del globo. Nada, excepto esa remota conexión –se llegó a decir que turcos supervivientes de Lepanto habían ido hasta allí a predicar la doctrina de Mahoma–, justificaba tal denominación. Sin embargo, hizo fortuna, y fue generalmente adoptada.

Al tiempo, se les atribuyó la condición de piratas que, en un sentido estricto, apenas les era aplicable, ya que su presa habitual no eran naves, sino los habitantes de zonas costeras. Quizás la explicación residiera en la multitud de embarcaciones que utilizaban en sus correrías, pero, en todo caso, también el calificativo adquirió carta de naturaleza.

Estos comentarios previos resultan imprescindibles para enmarcar el contenido del presente libro: la secular lucha de los españoles contra los piratas moros.

Adentrarse en *Moros* es penetrar en un mundo en gran parte ignorado, con todos los ingredientes de una obra de ficción: rajás, capitanes de cañoneros, esclavos, gallardos guerreros y soldados tagalos; combates en un ambiente exótico y sofocante, donde acechan emboscadas y enfermedades mortíferas, abordajes a buques y asaltos a fuertes, sable y campilán en ristre.

Allí, todo es ajeno para los españoles, desde la pesca del trepang a la lengua de la tropa, desde las dolencias que les diezman hasta el inesperado enemigo musulmán con el que tropiezan en la mitad del Pacífico, tan distinto al del norte de África. Como trasfondo, una frenética caza del hombre, de miles de hombres que asola aldeas enteras y provoca emigraciones forzosas, pero era, sin embargo, vital fuente de una riqueza que permite a los captores adquirir armas y opio.

Sin duda, el remoto archipiélago filipino siempre fue, y lo sigue siendo, el menos conocido de los dominios de España. La agria distancia a la que se encontraba tan lejano destino, separado por dos implacables océanos de las costas peninsulares, lo explica. Pero si era poco lo que se sabía de la gran isla de Luzón y de la magnífica ciudad de Manila, donde se cruzaban las sedas y porcelanas indias y chinas con la inagotable plata peruana, para tender un puente entre Asia, América y Europa y llenar las bodegas del fabuloso galeón, las ariscas Joló y Mindanao, cuna de los moros, parecían hallarse en otro planeta. Contados eran los europeos que las pisaban, apenas un puñado de marinos y soldados roídos por las fiebres; misioneros con un posible horizonte de martirio, comerciantes dudosos y algún científico extravagante.

***Moros* es un intento de adentrarse en esas tierras y describir la interminable sucesión de combates que en ellas libraron dos culturas radicalmente incompatibles.**

*Ataque a la isla y fuerte de Balanguingui (Filipinas), 16 de Febrero 1848 (1850). Óleo sobre lienzo de Antonio de Brugada. Biblioteca Virtual de Defensa.*

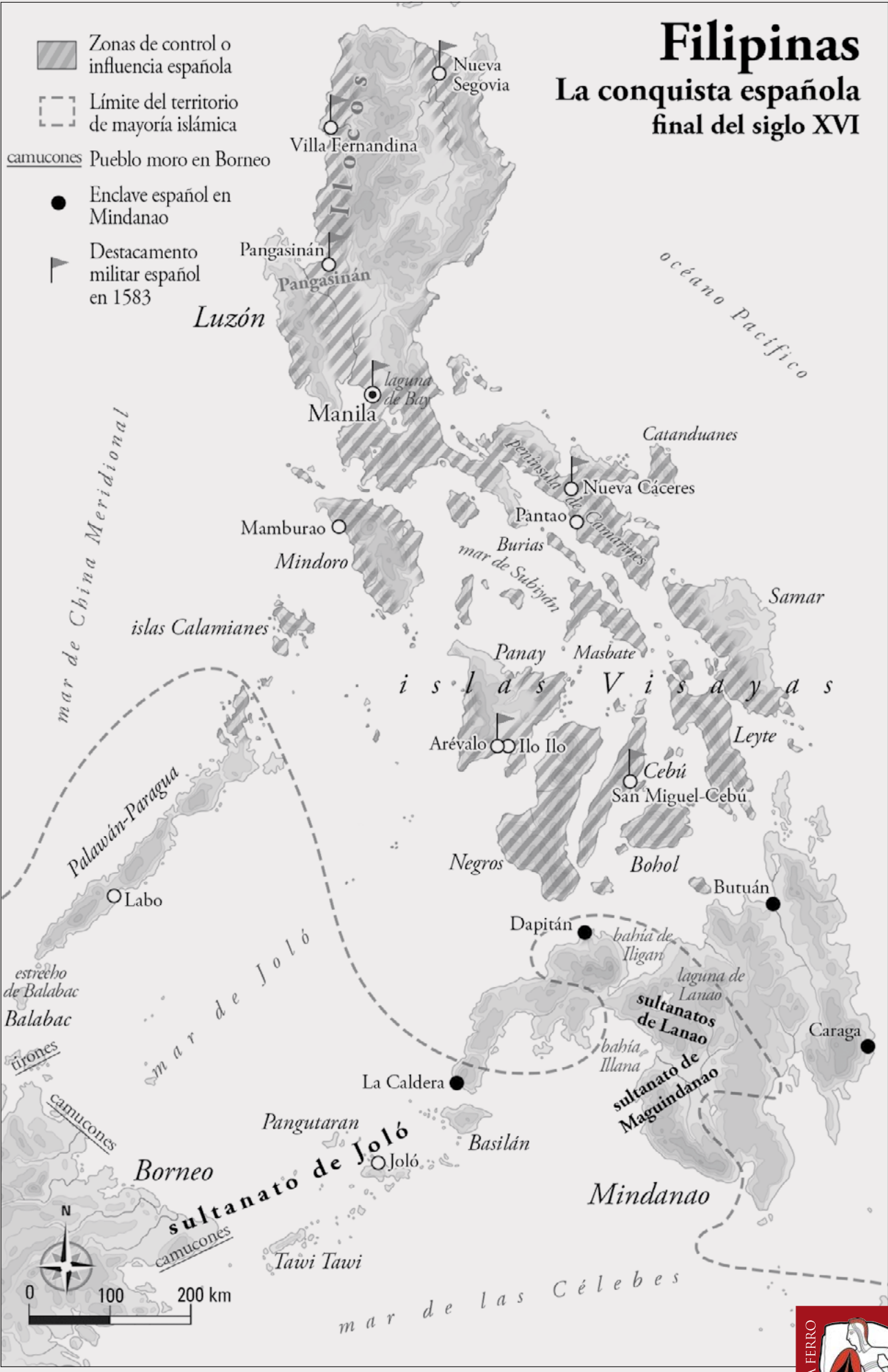


# DOSIER DE PRENSA



# Filipinas

## La conquista española final del siglo XVI





## Entender Moros en profundidad

Habida cuenta de la entidad de tan largo enfrentamiento, resulta sorprendente que desde 1888, cuando José Montero y Vidal publicó su *Historia de la piratería malayo-mahometana en Mindanao, Joló y Borneo*, hasta ahora no se haya estudiado con cierto detenimiento. **El presente libro pretende contribuir a llenar, en cierta medida, ese vacío difícil de entender**, rescatando la memoria de las tropas, españolas, pero, sobre todo de reclutamiento local, que se enfrentaron a un enemigo digno de ellas. El autor de esta obra firmó hace años otra titulada *Banderas olvidadas*; en el caso de las guerras contra los moros, podría haber escogido un título aún más desalentador, *Banderas ignoradas*, porque, a muchos efectos, parece como si nunca hubiesen existido, y como si tanto sacrificio y tanta sangre hubiesen sido baldíos.

La obra contiene quince capítulos, que se podrían agrupar en **tres partes**. La inicial, contiene del capítulo primero al sexto, puede considerarse como una presentación general. La segunda abarca del séptimo al noveno, que corresponden a los siglos XVI, XVIII y los inicios del XIX. Por fin, la tercera, con los capítulos décimo al decimoquinto, está consagrada al resto del XIX. Tres apéndices, la bibliografía y el índice analítico completan el libro.

El capítulo 1 aspira a hacer una somera presentación del “caleidoscopio” filipino, con sus peculiaridades. Quizás una de las más notables fue el reducidísimo número de españoles que se trasladaron a él, desde tiempos de Legazpi hasta 1898, que se explica, de un lado, por lo problemático de su acceso desde la Península; por otro, por la ausencia en él de metales preciosos, lo que tampoco favorecía una inmigración masiva. Finalmente, la insalubridad del

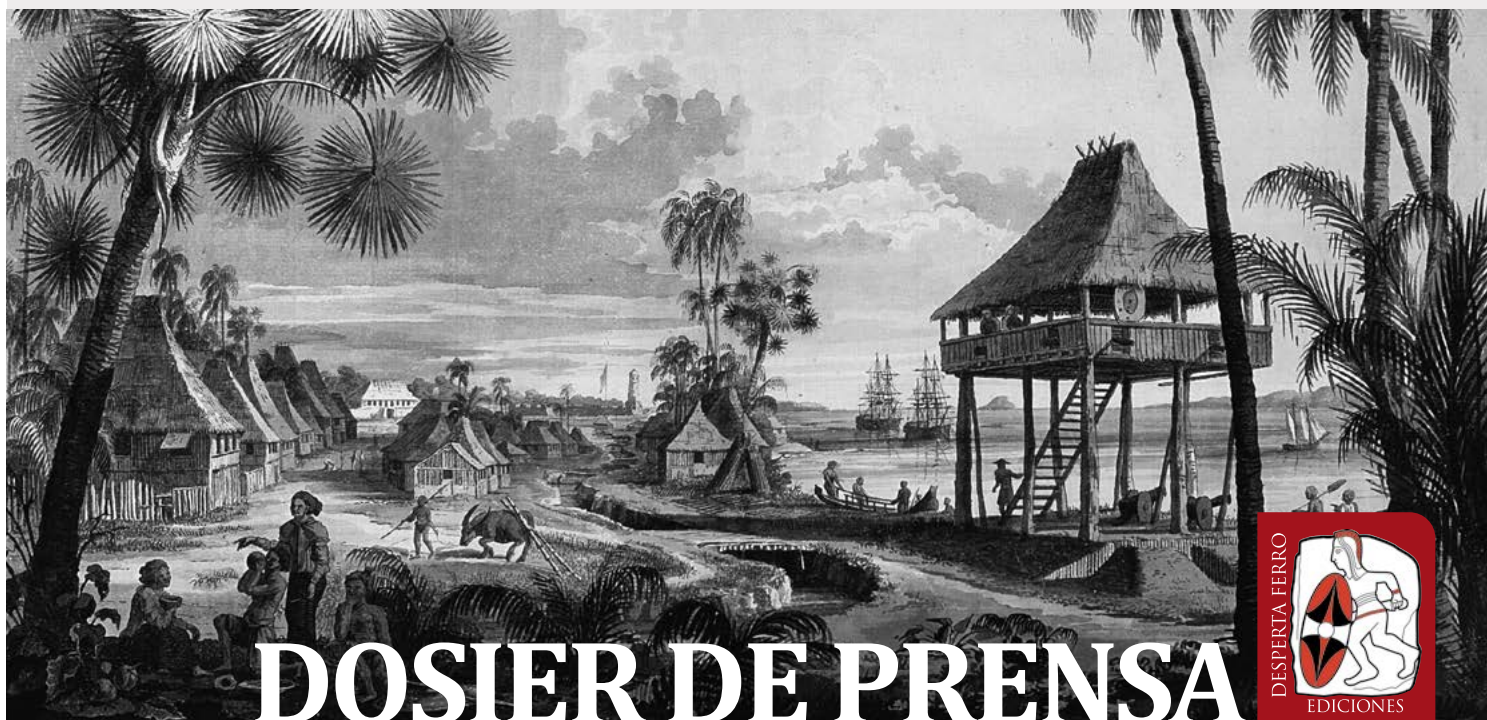
clima hacía del archipiélago un destino poco atractivo. Todo ello conferiría al dominio de la metrópoli unas características sui géneris, que lo diferenciaron hasta el final de otras posesiones de la Corona.

Así, el mestizaje, característica esencial de la presencia española en las Indias, apenas se dio en Filipinas en cifras significativas, como tampoco se produjo una amplia difusión del idioma castellano. Además, los peninsulares que se trasladaban a aquellas islas, a diferencia de lo que sucedió en América, lo hacían con una decidida voluntad de retorno a su patria, sin intención alguna, en la mayoría de los casos, por afincarse de por vida en Filipinas. La reducida “huella” de europeos se trasladó a todos los ámbitos, incluyendo el de la Administración, reducida a niveles mínimos.

En marcado contraste, desde un principio el archipiélago contó con una elevada cifra, en términos relativos, de religiosos. A diferencia del resto de sus compatriotas, sí que llegaban con una decidida vocación de permanencia, y conocían los idiomas locales. Estaban implantados, además, en la práctica totalidad del territorio. La ausencia de seglares y la presencia de sacerdotes supuso que la gran mayoría de los filipinos podía no haber visto jamás a lo largo de su existencia un solo español, excepto “el fraile”, como se decía.

De ahí se derivó una enorme importancia de las órdenes religiosas, sin parangón en ningún otro territorio de la Monarquía Hispánica. Insensiblemente, sus miembros se convirtieron en correa de transmisión entre las autoridades civiles y la población, adquiriendo de hecho, para lo bueno y para lo malo, un peso decisivo que, aparte de la evangelización, se extendió a los más diversos campos desde el político al administrativo, pasando por el de la educación, el económico e incluso el de la defensa. Así, y por lo que interesa a este libro

Vista de una torre y parte de pueblo de Zamboanga, 1789-1794, en Carmen Sotos Serranos, *Los pintores de la expedición de Alejandro Malaspina*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982. Biblioteca Virtual de Defensa.



# DOSIER DE PRENSA





«Comisión encargada por el sultán de Joló de visitar al capitán general de las Islas Filipinas», en *La Ilustración Española y Americana*, año XXIII, n.º 38, 15 de octubre de 1879. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

en concreto, durante siglos serían pieza esencial en la lucha contra los moros.

El capítulo se cierra con descripciones de Manila realizadas a través de los siglos por viajeros, españoles y extranjeros. Ha parecido interesante incluirlas para dar una perspectiva a través de los años de la “Perla de Oriente”, centro de todo el poder y, por tanto, de la guerra contra los piratas.

En los **capítulos 2 y 3 se analiza el Ejército de Filipinas**, un organismo mal conocido, por el que pasaron, sin embargo, miles de hombres, tanto españoles como “indios”, por utilizar la terminología clásica, y que, naturalmente, fue uno de los principales instrumentos empleados en las guerras moras. Poseía varios aspectos destacables como el pequeño porcentaje de peninsulares que siempre tuvo. Es sabido que esta era también la situación en América, por razones largas de explicar que he intentado analizar en otras obras, pero en el archipiélago filipino la situación se llevó al extremo, por los tantas veces mencionados factores de distancia y enfermedades.

La masa de la tropa era, pues, de reclutamiento local, lo que implicaba que de su lealtad dependió la soberanía española. Como los hechos demuestran, hasta al menos 1896 esa fidelidad apenas se puso en entredicho. Para conocer algo mejor a aquellos soldados tan singulares, se abordan cuestiones como el reclutamiento, el régimen de vida, aptitudes marciales o desertión. También se menciona, resulta inevitable, el terrible problema de las enfermedades que diezaban a los batallones

imparcialmente, sin distinciones étnicas. En efecto, fueron varios los que vieron pasar por el hospital en un año a una cifra de hombres superior a la de todos sus efectivos. La cuestión ha parecido de suficiente importancia como para dedicarla, además, un apéndice.

Asimismo es objeto de estudio la organización de las fuerzas, tanto regulares como milicianas, sometidas a un casi constante proceso de cambios, que complica incluso el simple seguimiento de la trayectoria de las unidades, debido a las continuas variaciones en nombres y en numeración.

El **capítulo 4** aborda, sucintamente, porque en otros posteriores se estudia con más detenimiento, **el papel de la Armada**. También en este aspecto el archipiélago presenta particularidades, porque, a pesar de que la guerra contra los piratas fuera, en gran medida, naval, la Marina Real no llegó en fuerza a aquellas aguas hasta el siglo XIX. Mientras, la Marina Sutil, una curiosa institución, ocuparía su lugar durante largos años. Sería aquella, sin embargo, la que con la paulatina entrada en servicio de los vapores pondría fin a las razias de los piratas, que durante siglos habían depredado las costas filipinas.

Los **capítulos 5 y 6** tratan, respectivamente, de **los moros y de su actuación pirática**, describiendo el primero la peculiar organización de esa sociedad esclavista, el peso que el islam tenía en ella y sus usos y costumbres. El segundo se centra en su actividad como cazadores de hombres, los buques y armamento que utilizaban para adquirirlos; las tácticas que practicaban



y el coste humano de sus actividades, que respondían a sólidas razones económicas, y no a un ciego afán asolador, como muchos españoles de la época pensaban. Se dedica un epígrafe al **temible fenómeno de los juramentados, en cierto modo precursor de los terroristas suicidas.**



Juramentado o moro luchando contra el invasor español en Mindanao o en las islas Sulu al sur de Filipinas, 1889.

© Chris Hellier / Alamy.

El **capítulo 7** inicia la serie de ellos dedicada a la guerra contra los piratas, y cubre desde  **finales del siglo XVI al primer tercio del XVII**. Destaca en él la extraordinaria figura de Sebastián Hurtado de Corcuera, que llevaría la bandera española a lugares a los que no volvería hasta finales del XIX. Es un periodo en el que los conquistadores traban conocimiento con las formidables cottas de los moros, fortalezas casi inabordables cuya toma exige asaltos sangrientos frente a empeñadas resistencias. Hubo, también, que hacer frente a otros enemigos tan diferentes como chinos y holandeses. Todos fueron repelidos, más por el valor que por las armas de la raquíca guarnición de Filipinas.

El **8, que abarca el resto del XVII y el XVIII**, es, en cambio, un capítulo melancólico, de repliegues y de defensivas, de incapacidades ante las mareas piráticas que en cientos de embarcaciones infestan

las riberas filipinas, sembrando la destrucción y cosechando pingües botines humanos. Las islas, aterradas, se encierran entre estacadas y baluartes, mientras que fuerzas navales improvisadas libran combates desesperados, en los que se distingue, entre otros, José Gómez, el bien llamado “Barceló de las Filipinas”. Por fortuna para los españoles, es también tiempo de rencillas internas entre príncipes moros, y de la sonado defección de uno de ellos, bautizado como Fernando I, un extraordinario personaje que aún espera su novela.

En el **capítulo 9** se empiezan a atisbar esperanzas, en la **primera mitad del XIX**. Es entonces cuando se abre el crucial debate sobre los vapores, que se expone con cierto detenimiento, y con apoyo de documentación, en principio inédita. No fue un proceso sencillo, ni su resultado estaba previsto de antemano, pero desembocaría en la adopción del único tipo de buques capaces de enfrentarse con éxito a las veloces embarcaciones moras. Mientras llegan, continúan los combates por tierra y por mar, ya con una creciente presencia de la Armada Real, junto a otras fuerzas navales menos convencionales.

El **capítulo 10, 1852-1873**, recoge un nuevo escenario, analizando dos breves campañas sucesivas, en 1848 y en 1851, en las que, **con la inestimable cooperación de vapores –“barcos de fuego”, les llamaban los moros–, se lanzan sendas operaciones anfibas contra territorio enemigo**. A partir de entonces, las tornas empiezan a cambiar; serán los musulmanes, y no los cristianos, los que teman por la seguridad de sus familias y de sus poblados, los que sufran el acero y la antorcha. En paralelo a las operaciones, y motivándolas, en parte, se desarrollarán maniobras diplomáticas, en las que Madrid se enfrentará, mal que bien, a ambiciones imperiales de otras potencias europeas sobre las Filipinas.

En el **capítulo 11**, el empuje español se va haciendo cada vez más inexorable. Es la **época dorada de los cañoneros**, de combates desiguales, sí, pero en los que los piratas derrocharán un valor no inferior al de los mandos españoles y de los marineros tagalos con que se enfrentan. Es tal el enardecimiento, que en un caso quizás único, se lanza un vapor al abordaje de una cotta. Asimismo, se producen ásperos enfrentamientos terrestres, los más notables de los cuales se describen.

Con el **capítulo 12 se inauguran las grandes expediciones**, que empiezan con la de 1876, dirigida al corazón del poder moro y, por primera vez desde tiempos de Corcuera, guiada por voluntad de instalarse definitivamente sobre el terreno conquistado. Para exponer su desarrollo **se ha acudido a documentación que, de nuevo, parece que ha permanecido inédita**



**hasta ahora.** La reacción de los musulmanes ante su progresivo debilitamiento será una recurso cada vez más frecuente a los juramentados, con sus ataques tan efectistas como inútiles ante la poderosa máquina de guerra moderna que se ha desencadenado contra ellos.

El **capítulo 13 está presidido por dos expediciones de 1887**, la primera, dirigida contra Uto, el “Sultán de Río Grande”, en Mindanao, correo enemigo al que se conseguirá doblegar; la otra, contra Maibung, en Joló, la “Meca de Malasia”. Ambas se saldaron con sendos triunfos para España que, tras tantos decenios de combates, empieza a imponer su superioridad sobre los tenaces moros.

Se dedica el **capítulo 14 a la doble campaña de Weyler en 1891**, en el norte y en el sur de Mindanao, objeto de gran debate, como todas las actuaciones del polémico general, seguramente el más experto en operaciones en Ultramar de todo el escalafón. Para su descripción se ha seguido la *Memoria* manuscrita que elaboró el propio Weyler, utilizada ampliamente, pero sin citarla, por Emilio Retana. Dado que sus operaciones se vieron afectadas de forma directa por la sublevación que entonces se produjo en las Carolinas, se dedican varias páginas a ella.

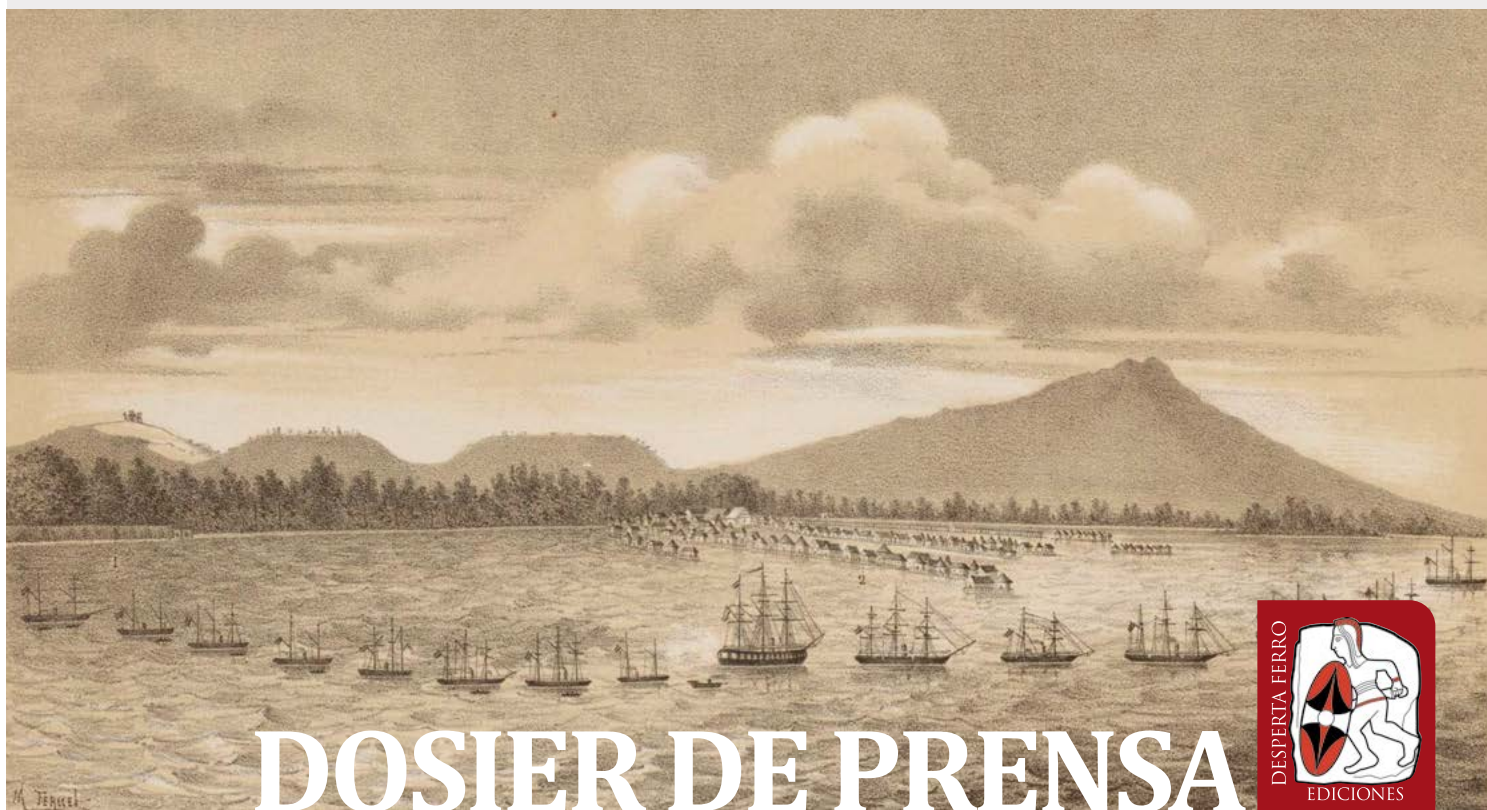
Por fin, el **capítulo 15 aborda la última campaña, dirigida por Blanco, que frustró el alzamiento de 1896, cuando ya se tocaba la victoria con la mano.** Se caracterizó no solo por combates y asaltos de inusitada crudeza, aun para esas guerras despiadadas, sino también por la penosa construcción de un camino a través de una selva inextricable, bajo los golpes de los juramentados. Por él se llevarían, en piezas, buques de vapor que, reconstruidos, surcaron las aguas del lago de Lanao. Transportarlas, a brazos o en carretas, a sus 700 metros de altitud fue no pequeña hazaña.

La obra se cierra con un **epílogo** con algunas reflexiones sobre la situación en Joló y en Mindanao en vísperas del fin de la presencia española, y con **tres apéndices**. El I, como ya se ha mencionado, sobre las **enfermedades** que sufrió el Ejército de Filipinas, con unas cifras estremecedoras. El II, toca someramente el apasionante tema de los **uniformes** que usaron aquellas tropas, de los que todavía no se ha hecho un estudio en profundidad. El III, se refiere a las **sublevaciones** producidas en ese ejército. Desde la perspectiva de España, por fortuna siempre estuvieron muy localizadas, ya que, caso contrario, hubiese resultado imposible dominarlas, habida cuenta de la composición étnica de aquellas fuerzas; lamentablemente, no se circunscribieron a las unidades indígenas.

### **A modo de conclusión**

En suma, el libro aspira, sin soslayar ni el valor ni la crueldad, ni la abnegación ni la ineptitud, ni el patriotismo ni la cobardía, que de todo hubo, a rescatar la memoria de un enfrentamiento entre dos culturas condenadas a no entenderse. La única aspiración del autor, probablemente demasiado optimista, ha sido evitar que tantas muertes y tanto sufrimiento desaparezcan definitivamente del imaginario colectivo español sin dejar la más mínima de las huellas. Los soldados tagalos, los guerreros moros y los mandos peninsulares que dejaron su vida en la arriscada empresa merecen mejor suerte.

Al constatarse el fracaso de los intentos de envolver Joló por tierra, el 29 de febrero de 1876 se decidió el asalto desde el mar, precedido de un bombardeo naval que silenciara el fuego de las cottas. En esta vista se observan los seis pantalanes (muelles de viviendas) de la población.



# DOSIER DE PRENSA

# ENTREVISTA A JULIO ALBI

## ¿Qué le empujó a escribir este libro?

La verdad es que no lo sé muy bien, pero seguramente han podido influir dos factores. De un lado, mi profesión me ha llevado a vivir en algunos países alejados, y a viajar a muchos otros más. De ahí me viene un cierto interés por lo exótico, por lo que es diferente al mundo europeo, tan trillado. De otro, siempre he sentido cierta pena por cómo los españoles tendemos a mirar nuestra historia. Con demasiada frecuencia, oscilamos entre la amnesia y la mirada iracunda al pasado, paradójicamente combinadas a veces con triunfalismos excesivos. Yo prefiero una visión más reposada, que incluya lo bueno y lo malo y que además suponga rescatar de un injusto olvido tantas cosas que no se recuerdan y dignas de memoria.

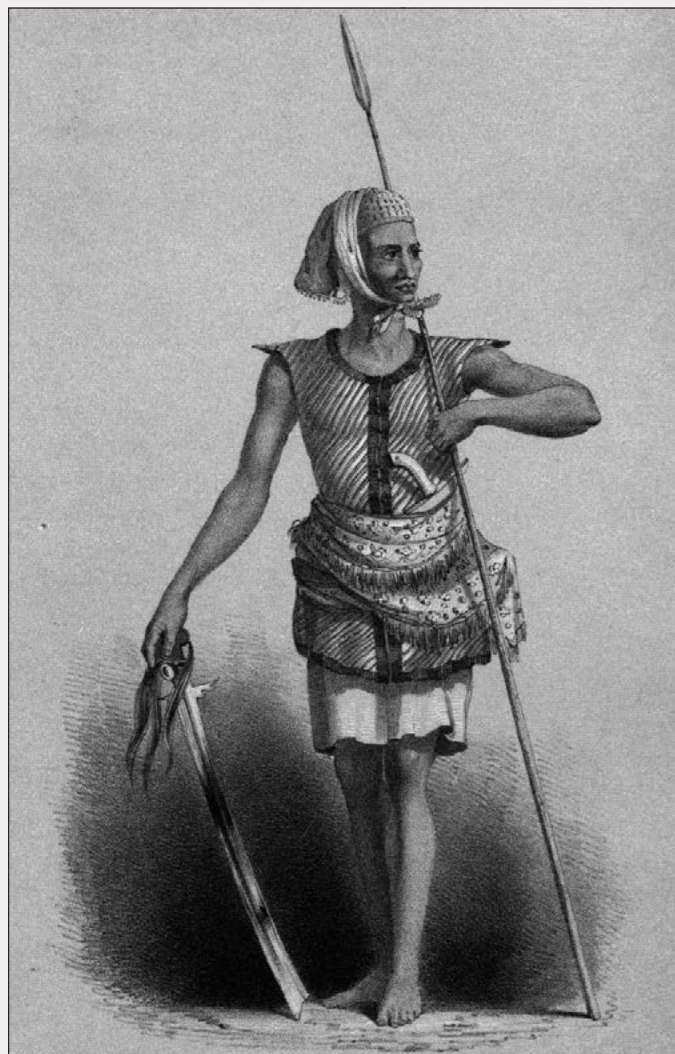
Por eso, he escrito tres libros, siempre desde el punto de vista militar, sobre la presencia de España en América, intentando exponer cómo se logró la hazaña de mantener y defender aquellas extensísimas tierras durante casi tres siglos, sin apenas soldados peninsulares.

El mismo motivo me ha llevado a abordar ahora la secular lucha contra los moros de Filipinas, un tema apenas tratado desde el XIX y que merecía un estudio sobre esos combates oscuros en los que ambos bandos derrocharon tanto valor y abnegación.

## ¿Quiénes son los moros de los que habla en su libro?

Los llamados moros eran unos grupos musulmanes (de ahí que los españoles los bautizaran con este desafortunado exónimo, que contra todo pronóstico no solo cuajó sino que se ha mantenido hasta al actualidad) que habitaban principalmente en el sur del archipiélago filipino. Formaban sociedades semif feudales y esclavistas, con una estructura política relativamente compleja y avanzada, y suficientemente sólida como para desafiar, como hicieron durante más de 300 años, el poder de España. Incluso hubo momentos en que, por emplear una expresión vulgar, lo llegaron a poner contra las cuerdas. Desdichadamente, por sus características propias, y no solo por la religión, resultaban incompatibles con el dominio español, ya que un elemento esencial de su vida era la caza del hombre, a fin conseguir cautivos, y lo hacían, principalmente, mediante razias en otras islas de las Filipinas.

En efecto, los esclavos estaban considerados como el "bien" de mayor precio. Con ellos, cultivaban sus campos, recogían productos ambicionados en los mercados chinos como las aletas de tiburón y completaban las tripulaciones de sus barcos, sin mencionar su empleo en otros oficios como amanuenses o intérpretes. Eran, en suma, imprescindibles para los moros.



Pirata del mar de Joló armado con una espada kampeli, una lanza y un kris, en Frank S. Marryat, *Borneo and the Indian Archipelago: with drawings of costume and scenery*, London, Longman, 1848. Wikimedia Commons.

Resulta obvio que ese era un estado de cosas que los sucesivos gobernadores generales enviados por Madrid a Manila no podían tolerar. De ahí las interminables guerras.

## ¿Por qué resultaban tan temibles?

Se trataba de sociedades esencialmente guerreras, consagradas, como acabo de decir, a la captura de hombres. Las razias en busca de estos exigían embarcaciones rápidas, manejadas por incansables remeros, tripuladas por hombres dispuestos a todo, por mar y por tierra, que no vacilaban en arrojarse al abordaje de un barco o al asalto de una estacada. Su principal fuerza, además, eran terribles armas



blancas, como el campilán, que exigían la búsqueda sistemática y sin vacilar del cuerpo a cuerpo. Hubo casos de combates de este tipo en los que los moros se empalaban deliberadamente en la bayoneta de los soldados al servicio de España, para acercarse más a ellos y poder asestar el mandoble.

De otro lado, los sacerdotes animaban a los hombres al combate a ultranza, con la promesa del Paraíso y de sus huríes, si perecían en la lid. Eso explica el fenómeno de los “juramentados”, moros comprometidos a morir matando, como hicieron con demasiada frecuencia, aún tras haber recibido varias heridas de bala.

Otro ejemplo del carácter de aquellos hombres es que consideraban muertos a los escasos compatriotas que se entregaban prisioneros; el motivo era que no habían cumplido con su deber de caer en el campo de batalla.

Luchar con gente así no era fácil.

### **Podemos situar en Joló y Mindanao los principales centros de poder moro. ¿Qué tenían de particular estos territorios?**

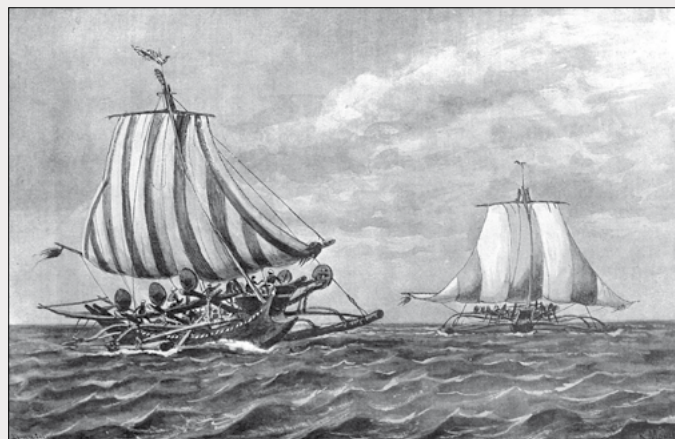
Quizás su distancia del centro del poder español, y su proximidad a Borneo favoreció que allí cristalizara más tempranamente el islam, mientras que la lejanía de Manila significaba una mayor impunidad. De Borneo llegaban predicadores musulmanes que no solo extendieron las doctrinas de Mahoma, sino que en algunos casos contrajeron matrimonio con mujeres de grandes familias locales, creando una oligarquía dominante, religiosa, política y económica.

Son, además, islas rodeadas de aguas traidoras, de difícil acceso por los arrecifes y con una exuberante vegetación que favorecía las emboscadas y la defensa. El régimen de vientos también las favorecía, por ejemplo, haciendo impracticable durante varios meses al año la navegación en la costa occidental de Mindanao.

### **¿Cuáles fueron las principales dificultades a las que se debieron enfrentar los españoles en su guerra contra los moros?**



Casco moro, ca. siglos XVIII-XIX, de cuerno, cuero y pelo de carabao. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.



Vintas de piratas filipinos y joloanos, dibujo de Rafael Monleón, en *La Ilustración Española y Americana*, año XLI, n.º 3, 22 de enero de 1897. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Fueron múltiples. Para empezar, por razones presupuestarias España mantuvo en Filipinas una guarnición que estaba por debajo de las necesidades de la defensa; de hecho, hizo lo mismo en las Indias. Descendiendo al caso concreto de la lucha contra los moros, estos actuaban en dos escenarios: el marítimo y el terrestre.

En el primero, utilizaban embarcaciones muy rápidas, con un calado mínimo. Los españoles debatieron durante decenios cuál era el tipo de barco mejor para contrarrestarlas. Por una tendencia muy natural, deseaban que llevaran un armamento respetable, pero eso hacía que emplearan naves demasiado pesadas, que difícilmente alcanzaban a las contrarias, tan veloces que parecían volar sobre las olas.

Además, los moros practicaban una especie de guerra de guerrillas naval, mediante fulgurantes golpes de mano sobre pueblos ribereños, y podían escoger el punto y el momento de sus razias. Habida cuenta de la vastedad de las aguas filipinas y de la extensión de sus costas, resultaba prácticamente imposible controlar tan amplio espacio y protegerlo de los golpes de mano.

Por tierra, la situación no era más sencilla. En Mindanao y en Joló, los musulmanes se mantuvieron a la defensiva, atrincherados en sólidos fuertes. Gozaban, por otra parte, de la ventaja de conocer el terreno, lo que les permitía tender emboscadas y sembrar trampas en los itinerarios de las columnas españolas, que avanzaban casi a ciegas. El suelo, muchas veces pantanoso, la cerrada vegetación, el calor asfixiante y las enfermedades que siempre acechaban en aquellos pagos eran poderosos aliados suyos, y otros tantos enemigos para los atacantes.

Por fin, cuando se llegaba al objetivo, siempre una fortaleza, había que tomarlo al asalto, frente a la decidida resistencia de hombres aguerridos y parapetados.

Raramente la Marina y el Ejército de España se han encontrado en condiciones tan ásperas.

### ¿Como eran el Ejército y la Armada Real en Filipinas que debieron enfrentarse a esta amenaza?

En Filipinas, España mantuvo, aunque más acentuado, el mismo sistema que en América. Con ello quiero decir que el primero fue siempre y masivamente de recluta local, con mandos que, en general, eran europeos. De hecho, nunca hubo en el archipiélago más de un regimiento de soldados peninsulares, e incluso durante años ni siquiera eso. Desde ese punto de vista, España fue mucho más lejos que otras potencias ultramarinas, como Gran Bretaña, Holanda o Francia que tenían porcentajes muy superiores de tropa metropolitana.

Fue tal la lealtad de las unidades filipinas, que no solo se emplearon en teatros tan apartados como Cochinchina, sino que constituyeron el grueso de las fuerzas que operaban contra los moros. Incluso se llegó a dar que un batallón de españoles se subleva, mientras que los tagalos permanecían fieles y obedientes a sus jefes.

Era muy similar el caso de la Armada, en constante lucha contra los piratas musulmanes, sin que se haya conocido el caso de un solo motín, aunque los buques pequeños patrullaban durante semanas con un único oficial a bordo, a merced de sus hombres.

Por otro lado, los marineros filipinos gozaban por sus cualidades de gran prestigio en toda la región, y en los barcos extranjeros se les daba un trato preferente.

### ¿Supuso el desarrollo tecnológico occidental un cambio de paradigma en la secular guerra contra los moros?

En efecto, para desdicha de los moros, durante las últimas décadas del periodo español, Europa y Estados Unidos dieron un salto tecnológico que cambió radicalmente la guerra. En ese sentido, el vapor y los fusiles y cañones cada vez más potentes, de ánima rayada y de retrocarga, decretaron el fin del modo de vida que los musulmanes de Filipinas habían mantenido durante siglos. Contra ellos nada podían los campilanes ni las primitivas lantacas, ni siquiera el valor de los guerreros.



Tropas indígenas de la columna Serinán atravesando un estero camino de las casas de Uttu. Alfonso Perinat y Lasso, *Operaciones militares en el Río Grande de Mindanao*, 1887.

Hay que decir, no obstante, que hasta la última batalla se dieron feroces combates cuerpo a cuerpo, en los que la tecnología servía de poco. Sin embargo, a igual intrepidez, la disciplina acaba siempre por imponerse.

### ¿Qué episodios singulares pueden destacarse en la larga guerra contra los moros?

Serían muchos los casos que se podrían citar, pero, por escoger solo dos, se podría hablar de Pagalugán y de Marahui, en septiembre de 1861 y en marzo de 1895, respectivamente. En el primero de esos lugares, se erigió una “cotta” o fortaleza, que fue atacada por fuerzas del Ejército y de la Armada. Aquellas descubrieron que, debido a la configuración del terreno y de las defensas, resultaba casi imposible atacar por tierra su objetivo. En vista de ello, el entonces capitán de fragata Casto Méndez Núñez optó por una solución probablemente inédita, y ordena al teniente de navío José de Malcampo que “embista a la cotta con la proa toda máquina”. Lo hizo sin vacilar, lanzando a su buque contra los muros, y “metimos dentro el botalón del foque”. Corriendo sobre él, se lanza el abordaje de la fortaleza, que es tomada



Lanchas cañoneras destinadas a la vigilancia y defensa de la laguna de Lanao, dibujo de Rafael Monleón, en *La Ilustración Española y Americana*, año XLI, n.º 1, 8 de enero de 1897. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

# DOSIER DE PRENSA



al arma blanca. Malcampo es de los primeros, y recibe un tiro que le atraviesa en el pecho; cayó al suelo, fue salvado por un marinero, que acaba con el moro que se aprestaba a rematarlo. Terminado todo, el teniente de navío encenderá con calma un puro, para ver si el humo le salía por la herida, una forma ciertamente singular de diagnosticar una posible perforación pulmonar que requería una sangre fría a toda prueba.

En Marahui también se trataba de tomar una cotta. Pronto se observó que su gruesa muralla de troncos era invulnerable al fuego de la artillería que acompañaba a la columna expedicionaria. Ante eso, se dispone que ingenieros y disciplinarios intenten abrir una brecha con los picos, lo que tampoco dio resultado. Entonces, se acude a la fórmula de recurrir a los explosivos. Si ya había sido peligroso acercarse a un enemigo decidido y bien armado con solo una zapa en las manos y ponerse a cavar con ella, sin protección alguna, más aún lo era hacerlo con una carga de pólvora. Había que llevarla hasta el pie de la fortaleza, colocarla en un lugar adecuado, darle fuego y alejarse lo suficiente para sustraerse a la deflagración; todo ello, bajo una lluvia de disparos, piedras y jabalinas. Así lo hicieron, sin embargo, los de la 5.ª Compañía de ingenieros. El subsiguiente asalto fue feroz y victorioso. Varias Laureadas lo atestiguaron.

### **¿En qué situación se encontraba la guerra contra los moros cuando estalló la revolución filipina?**

En 1895, Joló y la mayor parte de Mindanao estaban dominados por los españoles y el poder moro, seriamente quebrantado, con los otrora grandes rajás reducidos a poco más que funcionarios de gobierno de Manila. Ese año, el general Blanco dirigió una campaña contra el último reducto, en la segunda de esas islas. Al término de la campaña y tras inhumanos esfuerzos, había logrado situar en la laguna de Lanao –el último centro de resistencia musulmana– una flotilla que

garantizaba el control absoluto de sus aguas. Habría que añadir que en esa región los moros estaban divididos en un sinnúmero de pequeñas comunidades, lo que facilitaba su reducción. Cuando el movimiento independentista estalló en Luzón, Blanco se prepara para lanzar las operaciones finales. Todo indica que, contando con tropas muy experimentadas, con esa fuerza naval a pie de obra, con un camino practicable y fortificado que llevaba desde la costa al corazón del territorio enemigo, en el que se había comenzado a trazar una línea férrea, su empuje habría sido irresistible. Habida cuenta todos estos factores, es imposible imaginar cómo los moros habrían podido escapar a una derrota total.

### **¿Qué destino les esperaba a los moros tras la salida de España del archipiélago en 1898?**

El destino que se abatió sobre los moros tras 1898 fue amargo. Sobre ellos caería todo el peso del Ejército norteamericano, mucho mayor que el del español y, dado que los enfrentamientos se prolongaron hasta el siglo XX, con medios más avanzados, como las ametralladoras y una artillería más moderna, utilizados sin tasa por hombres del calibre de Pershing o Mac Arthur. Prácticas como enterrar a los moros muertos junto a un cerdo para contaminarles hasta la eternidad contribuyeron también a minar su moral ante el huracán de acero que caía sobre ellos en cada enfrentamiento. Ya muy debilitados por sus últimos enfrentamientos con los españoles, las sucesivas campañas estadounidenses les darían el golpe de gracia, no sin tras larga resistencia, fieles hasta el final a sus belicosas tradiciones.



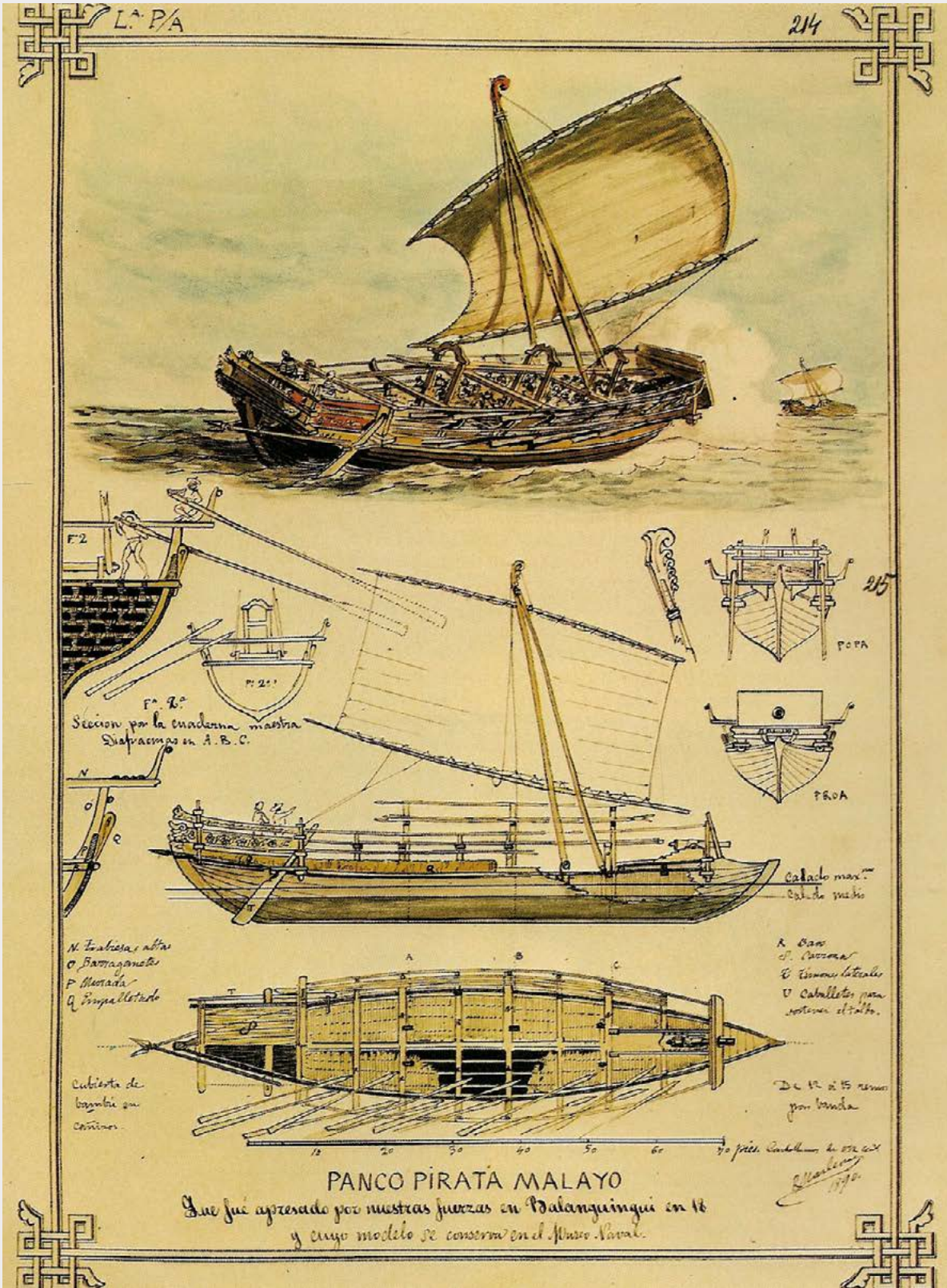
Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

*Ataque y toma de la cotta de Pagalungán, por la goleta Constanza al mando de don Casto Méndez Núñez en Joló, 17 de noviembre de 1861. Tras resultar infranqueables los parapetos de la cotta, se decidió usar la goleta para embestir la posición y «abordarla» desde la cubierta del barco. Acuarela de Rafael Monleón. Museo Naval de Madrid.*



# DOSIER DE PRENSA





**Contacto y entrevistas:**

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

